

obtuvo por de pronto la libertad, tampoco fué castigado con rigor y después de algunos años se evadió de la prisión. En el año 1711 expidió Menschikoff una orden para que no se molestase á los sectarios por sus creencias, ni se les perjudicase en manera alguna en sus empresas industriales. Sin embargo, siguieron reproduciéndose aquellos atentados en otras partes al juzgar á los herejes, como puede deducirse de las repetidas cartas dirigidas á Pedro por el jefe de los trabajos mineros de Olonetz, Hennin, en las cuales este entendido funcionario protestó repetidas veces contra el poder inquisitorial de Hiob, apeló á la tolerancia del Czar, y procuró se diesen disposiciones inspiradas en el espíritu de dulzura. Cuando fué preso otro jefe de los sectarios, Wikulitz, ordenó Pedro se le pusiera en libertad inmediatamente, «que se procediese con suavidad y razonablemente con los enemigos de la Iglesia del Estado, como lo había ordenado el apóstol, pero no con palabras duras y censuras de la Iglesia.»

Cuando Feofan Prokopowitz llegó á Rusia, le encargó Pedro que escribiera un tratado sobre el martirio, en el cual el liberal prelado demostró que los fanáticos aspiraban á la corona del martirio, y que las medidas de rigor favorecían esta aspiración de los desgraciados. Prokopowitz intentó manifestamente en su viaje á Livonia presentarse con dulzura ante los sectarios que vivían en las cercanías de Dorpat, pero dió cuenta de una carta dirigida á un amigo, en la cual se decía que unos 500 sectarios que en aquel punto habitaban huyeron juntos á los bosques á la noticia de su llegada.

Pedro quería influir sobre los Raskolniks con la persuasión y además utilizar para fines políticos su habilidad para los negocios, en la cual tan señaladamente se han distinguido hasta nuestros días los afiliados á las sectas. No puede achacarse tanto á indiferentismo como á verdadera tolerancia el que no creyese de su deber cuidarse de la salvación espiritual de los sectarios, sino que entraba en su plan político-civil el ser tolerante como condición no despreciable en la parte económica, teniendo en cuenta que los Raskolniks debían pagar dobles ciertos tributos. Sobre esta base llegó á contraerse en cierto modo un compromiso con los herejes; toda cuestión en materias religiosas se miraba por el prisma rentístico; en atención á los ingresos que tenía la hacienda, se renunciaba á las atribuciones propias del Estado para perseguir á los disidentes de la Iglesia ortodoxa.

Pero luego se expidieron varias órdenes, en las cuales se aconsejaba á los sectarios que se presentasen «sin temor» en el Sínodo y expusiesen sus dudas sobre la doctrina é instituciones de la Iglesia oficial. En un decreto se ponderó especialmente la necesidad de guardar las formas convenientes en las discusiones sobre esta materia, pero se añadía que todos podían emitir libremente su opinión.

Recordamos el ensayo de una de estas discusiones celebradas en la primavera del año 1682 en el Kremlin, en la cual se cometieron excesos; pero en el tiempo de que tratamos ya era menos fuerte el poder del Estado y no había peligro alguno; se sabía que pasaría á ser miembro de la Iglesia oficial el que llegara á convencerse por las razones que le fueran expuestas, y que aquel que no se convenciese podría continuar en sus antiguas creencias sin ser molestado, porque el Czar había prohibido expresamente toda coacción. En cambio, al mismo tiempo se declaró punible el permanecer secretamente en las sectas; cada uno debía anunciarse y decidirse en el transcurso de un año, desde el 1.º de marzo de 1722 hasta el mismo día de 1723.

El efecto que causó esta orden leída en todas las iglesias nos es desconocido en sus detalles: de todos modos no es verosímil que muchos Raskolniks recogiesen el guante que se les había arrojado y se arriesgasen á una lucha científica,

porque al lado de estas medidas relativamente suaves, se presentaban otras duras é inquisitoriales. Desde la asamblea eclesiástica (concilio) de 1666 que dió ocasión al desarrollo de las sectas, el rigor contra los afiliados á ellas era tradicional; y tampoco Pedro podía ser consecuente en su benignidad, porque el Raskol no solo atacaba las reformas de la Iglesia, sino también las del Estado; porque Pedro, con los trascendentales cambios que hizo en las instituciones y en las costumbres, dió aun más ocasión al desarrollo del mal que Nikon había dado en otro tiempo; y porque el Raskol se secularizaba en cierto sentido y manifestaba su resistencia á todas y cada una de las autoridades; la Iglesia y el Estado sostenían grandes contiendas en la sociedad, y de este modo todos los elementos descontentos se pasaban fácilmente al campo de los sectarios. Allí había funcionarios de malos antecedentes, criminales escapados de las cárceles ó de la persecución, soldados desertores, labradores nómadas que querían librarse de la opresión de sus señores, ó del peso de los feudos del Estado, Strelitzs maltratados por el poder del Estado con sus familias y bandas de cosacos merodeadores y desenfundados. Con frecuencia aparecían pasquines y proclamas revolucionarias contra el absolutismo y contra la tiranía de Pedro; y se levantaban quejas en alta voz contra las vejaciones de la burocracia. Un extranjero hace notar expresamente que la carga del alojamiento de los soldados arrastraba á muchos al campo del Raskol. Cuanto más se esforzaba el gobierno por aumentar la vigilancia sobre la conducta del pueblo, con tanto más deseo se trataba por parte de las masas de sustraerse á ella. La minuciosa inspección de la policía hacía emigrar bandas enteras á los confines del imperio y aun más allá de ellos; el continuo y creciente despacho de pases hizo que se expidiesen muchos falsos. Los sectarios errantes y escondidos en todos los sitios más retirados, estaban en relaciones con sus correligionarios del centro; había una extensa red por la cual se comunicaban entre sí; se remitían libros, hostias, agua bendita, estampas y reliquias; era una asociación poderosa que se levantaba al lado y enfrente del Estado y le hacía competencia. La lucha de lo antiguo con lo nuevo tomó allí una forma que no habían conocido las edades anteriores. De miles de sectarios que había al principio llegaron á centenares de miles, y de estos á millones.

Pedro era tolerante cuando se trataba de diferencias dogmáticas ó teológicas, pero inexorablemente severo contra toda oposición á los poderes del Estado. Deseaba descubrir la extensión del mal y el número de los sectarios; y por esta razón mandó anotar los nombres de los que no se confesaban ni comulgaban (1716) para castigarlos con multas pecuniarias. Los sacerdotes tenían que ejercer una estrecha vigilancia y se les amenazó con los más terribles castigos si encubrían á los sectarios; al propio tiempo se encargó mucho á los empleados civiles y militares que apoyasen estas medidas.

Sin embargo, no se logró formar una lista de los sectarios: la desconfianza, el miedo y el odio de estos opusieron una barrera infranqueable á las investigaciones estadísticas: asimismo los sacerdotes que habían de hacer la lista de los Raskolniks se mostraron como olvidados de su deber y accesibles al soborno. El abad del monasterio de San Nicolás de Perejaslaff, llamado Pitirim, consejero del Czar en este asunto y autor de una obra contra el Raskol, apreció el número de los sectarios que vivían en las ciudades en el año 1716 en 200,000, y recomendó que se desplegara el mayor rigor contra ellos; pero hizo notar que casi todos los eclesiásticos se dejaban sobornar por los sectarios. La persecución que entonces comenzaba iba á revestir un carácter

aparentemente suave. El Czar encargó que se castigase con rigor á los convictos de pertenecer al Raskol, y si fuese posible, que no se les impusiese la pena por sus herejías, sino por otros delitos, «si se les podía probar» que los habían cometido; asimismo se procuró que no se supiese que el mismo Pitirim, á quien se había encomendado la tarea de preparar con argumentos racionales la vuelta de los sectarios al seno de la Iglesia del Estado, era el iniciador de varias medidas tomadas contra ellos. Por los relatos de Pitirim y Rshewsky, que cumplían su misión en las comarcas del Wolga, se infiere que á la pertinacia de los sectarios se aplicaba por regla general un desmedido rigor por parte de la autoridad; que tan solo en algunos casos excepcionales se llegó á una discusión razonada entre los sectarios y los representantes de la Iglesia oficial, y que fueron pocos los que se dejaron convencer y convertir. También el Sínodo se quejó algunas veces de que todas las excitaciones hechas á los Raskolniks con objeto de que anunciaran y discutiesen sus doctrinas, habían obtenido por toda respuesta un obstinado silencio y la pertinacia en seguir afiliados al Raskol. Todas las amenazas y castigos que se les dirigieron dieron un resultado contraproducente: en unas partes aumentaba el número de los herejes y se exaltaba su fanatismo; en otras se complicaba cada vez más el aparato de las medidas y medios de persecución.

Por el número de actos referentes á este asunto puede colegirse el grado de actividad de los órganos del gobierno. Los principios tolerantes de Pedro fueron hollados. Merece recordarse una disposición del Czar, ordenando que no se enviase ya á Siberia á los condenados á trabajos forzados, porque «allí había muchos sectarios,» sino que se les mandase á Rogerwyk. Intentóse remediar el mal con dificultades en dar los pasaportes, con limitación en los viajes, y con minuciosas prescripciones, en virtud de las cuales los sectarios, v. gr., debían distinguirse de los miembros de la Iglesia oficial llevando en el vestido distintivos exteriores. Hasta el fin del reinado de Pedro siguió en este punto la tenaz lucha, que aun hoy dura (1).

Hemos visto atrás que ya en el año noventa del siglo XVII se esparció en el extranjero el rumor de cierta inclinación ó tendencia de Pedro al catolicismo, habiéndose especialmente de esto en los círculos católicos; pero nosotros sabemos que estas conjeturas carecían de fundamento.

En efecto, en el reinado de Pedro trabajaron los católicos por asegurar ciertos derechos en Rusia á la Iglesia romana, y durante la menor edad de Pedro hizo Francia algunas tentativas de esta clase.

Pero al mismo tiempo el Príncipe-Elector de Brandeburgo procuró asegurar un buen recibimiento en Rusia á los hugonotes expulsados de Francia. Scheremetyeff, de quien se decía que estaba á punto de hacerse católico, pasaba para otros como uno de los mayores enemigos de los católicos. Pedro, que durante sus viajes asistió muchas veces al culto de los católicos, se encendió en cólera si alguno se permitía una palabra mal sonante sobre la Iglesia griega. Era de aquellos que «son neutrales entre Roma y Ginebra.» Entre los que componían el círculo de su inmediato acompañamiento, encontramos al católico Gordon, al calvinista Lefort, al anglicano Perry, etc.; pero no consentía que en su imperio se hiciese propaganda en favor de otras Iglesias. Repetidas ve-

ces se descubrieron huellas de la misión católica y se supo contener su progreso.

Solo en casos excepcionales se mantuvieron relaciones diplomáticas directas de parte de Rusia con la corte pontificia. El año 1707 se presentó Kurakin en Roma para decidir al Papa á que no reconociese por rey de Polonia á Estanislao Leszczinski, indicando al Pontífice que se dejaría obrar libremente á los católicos en Rusia; pero cuando la corte pontificia manifestó el deseo de que los derechos de los católicos fuesen formulados precisamente por escrito, el embajador ruso contestó de una manera evasiva.

Repetidas veces surgió el plan de la unión de las Iglesias. En Viena se creyó que al ser enviado Kurakin á Roma, había llevado el encargo de proponer al Papa la unión de la Iglesia oriental con la occidental. Un cardenal llegó hasta asegurar en una carta dirigida al mismo Papa, que él lo había oído de labios del mismo Kurakin. Urbich debió proponer al Czar el proyecto de la convocatoria de un concilio ecuménico y confiar á Leibnitz la redacción del plan, y el mismo Urbich sostuvo correspondencia sobre este asunto con Leibnitz; este esperaba mover á la Iglesia anglicana á que tomara parte en la empresa; pero no se llegó á ningún resultado.

Es sabido que la presencia de Pedro en París dió ocasión á que se intentara nuevamente llevar á efecto la unión de las Iglesias. Esta tentativa partió de la Sorbona después que Pedro visitó aquel centro. La Memoria de la Sorbona obtuvo una contestación evasiva por parte del Czar ruso (2).

También la Iglesia anglicana trató de verificar la unión con la Iglesia oriental. En el año 1717 dos obispos anglicanos dirigieron una carta al Czar sobre este asunto, procurando además influir sobre Golowin en tal sentido. En el archivo de Moscou se encuentran algunas actas relativas á este episodio, pero nada de esto dió resultado alguno.

Basilio Golizyn fué protector de los jesuitas: Pedro no pudo pasar por tal, pues censuró duramente en algunas ocasiones á la compañía, porque esta, entre otras cosas, no quiso prestar ayuda al emperador en los asuntos de Turquía. En Rusia lo mismo que en el Occidente, se sentía que amenazaban ciertos peligros por parte de la propaganda católica. En Inglaterra apareció un folleto en el cual se daba la voz de alerta á la Iglesia rusa contra los lazos que le tendían los católicos. Entre tanto ocurrieron episodios desagradables: en 18 de abril de 1719 recibió Rumianzoff una carta autógrafa del Czar, en la cual se le mandaba practicar un registro sin previo aviso en la morada de los jesuitas del arrabal alemán y secuestrar todos los papeles, operación que debía hacerse de noche. A la mañana siguiente debían los jesuitas pasar las fronteras del imperio, y el Czar ordenó que se detuviesen en el camino en Moshaisk el tiempo necesario para que sus papeles fuesen objeto de minucioso exámen. El motivo de adoptar esta medida fué la propaganda católica á que se habían entregado los jesuitas (3).

La circunstancia de que en el año 1723 se expidiese un ukase, en virtud del cual los católicos de Rusia solo podían llamar á sus sacerdotes de Francia, se explica por la actitud independiente de la Iglesia galicana respecto del Papa y también por las amistosas relaciones diplomáticas de Rusia con Francia.

La historia de los extranjeros en Rusia en la época de Pedro prueba que existía un grado de tolerancia mayor que

(2) Tolstoi, ob. citada, I, 159. Los documentos impresos como folletos particulares: una traducción alemana, «Curiosa carta... de la Sorbona,» 1719, y la contestación del clero ruso, impresa en Stettin 1720.

(3) Véase Ssolowieff, XVI, 346. Los jesuitas fueron expulsados por un ukase de 29 de abril de 1719; Colección legislativa, núm. 3,356.

(1) Véase el capítulo sobre el Raskol en mi obra sobre Possosch-koff, págs. 105-123. Algunas observaciones en Vockerodt, págs. 4 y 5.

el que hasta entonces había estado en uso. Los prelados que ocupaban en esta época los primeros puestos, estaban menos circunscritos que sus antecesores al círculo de las opiniones puramente bizantinas. Especialmente Prokopowitz representaba el principio de tolerancia en materias religiosas. El mismo Czar, que observaba con muchísima menos escrupulosidad que sus antecesores los preceptos de la Iglesia greco-ortodoxa, que no guardaba ni los ayunos de cuaresma y hasta en ocasiones dispensaba esta misma obligación a sus soldados durante las campañas, era con mucha frecuencia testigo presencial de los cultos de las confesiones extranjeras. Aun hoy se ve en la iglesia reformada de San Petersburgo una silla en que se sentó Pedro y presenció el primer bautizo que se celebró en dicha iglesia. Algunos extranjeros, como Pleyer y Guarient, han hecho constar que las ceremonias religiosas habían decaído de su importancia en el año noventa, porque el Czar no mostraba inclinación alguna hacia ellas. Suponerle por esto indiferente en materia de religión sería juzgar con ligereza: Witsen tuvo ocasión de observar lo fuerte que estaba en la Biblia. Algunos contemporáneos refieren de él rasgos de verdadera piedad (1). Que él, según veremos más adelante, parodiase en tono burlesco las costumbres religiosas, pertenece a los problemas psicológicos que suelen ofrecer los hombres extraordinarios. No se le puede negar que tomó un vivísimo interés por el engrandecimiento de la Iglesia griega; esta actividad reformista estaba unida con el espíritu del progreso representado por él en todos los terrenos. En lo esencial obtuvo escaso resultado en este terreno. Bueno es sin embargo que supiese contrarrestar las aspiraciones reaccionarias de los eclesiásticos y de los sectarios. Bajo este punto de vista es notable el juicio que en resumen emite Vockerodt sobre las reformas de Pedro en el terreno religioso: «Por lo demás es una cuestión aun no resuelta si Pedro obró en *bon politique* al querer educar a su clero y sacarle de la antigua ignorancia y barbarie, ó si, aun cuando lograra algún resultado en este punto, no echó más bien sobre sí y sus sucesores la pesada carga de llevar adelante su futuro proyecto, sobre todo si estos fueren enemigos de interesarse por los asuntos religiosos. Por lo menos muchos hombres sesudos son de opinión que hubiera podido crearse serias dificultades con sus reformas, si hubiera tenido que luchar con un clero más hábil que hubiera sabido conquistarse el amor y respeto del pueblo y aprovecharse de estas ventajas.»

CAPITULO IV EDUCACION CIVILIZADORA

Cuando el czar Boris Godunoff pensó fundar universidades en Rusia y llamar al efecto profesores del extranjero, un profesor de Derecho, Tobius Lontzius, dirigió, como hemos visto atrás, una carta al Czar, en la cual manifestó el deseo de que Dios iluminara á todo el pueblo ruso y á imitación de los países cultos de la antigüedad, Egipto, Grecia, Roma, no solo elevara el país á la categoría de un imperio poderoso, sino también á la de un imperio ennoblecido por las artes y las ciencias.

Una cosa parecida dijo Leibnitz en una carta que dirigió á Pedro: consideraba en ella el desarrollo progresivo de la civilización en la historia de la humanidad, y hacia notar que parecía ser providencia de Dios, que la ciencia recorriese el círculo de la tierra, que ya llegase á la Escitia, y que el Czar fuese el instrumento elegido para propagarla. Estaba en dis-

(1) Véase el discurso en honor de Pedro pronunciado por Grot en la Academia de ciencias de San Petersburgo, 1872 (en ruso), pág. 6.

posición de tomar lo mejor de Europa por una parte, y por otra de la China y perfeccionarlo todo. En Rusia los estudios eran nuevos «y por decirlo así papeles blancos,» por lo tanto podrían evitarse varias faltas cometidas en otras partes; se sabía efectivamente que estándose construyendo un palacio enteramente nuevo, saldría mejor hecho que si hubiera estado construido muchos años antes, y ahora se tratara solo de recomponerle y mejorarle; así se expresaba Leibnitz el año 1712. Dos años después en la nueva capital y con motivo de solemnizarse el acto de botar al mar un barco, pronunció Pedro el célebre discurso, que reprodujo un contemporáneo en los términos siguientes: «¿Quién de vosotros, hermanos míos, hubiera podido soñar treinta años há, que habíais de trabajar conmigo, aquí en las orillas del mar Báltico; que nosotros, vestidos á la alemana, habíamos de establecer nuestro domicilio en países conquistados por nuestros esfuerzos y justo valor, y que provistos de soldados y marineros tan bravos y victoriosos, y de tan hábiles obreros y artistas extranjeros ó educados en el extranjero, habíamos de conquistarnos la alta estima de todos los pueblos y de todos los príncipes? Las ciencias y las artes se han propagado en Polonia desde Grecia ó Italia, pasando por Alemania. También nos llegará á nosotros el turno, si vosotros queréis ayudarme en mi grave tarea y aceptar lo bueno y rechazar lo malo, no con ciega obediencia, sino con libre resolución. Yo comparo la marcha de las ciencias con la circulación de la sangre en el cuerpo humano, y tengo el presentimiento de que saldrán de su actual morada de Inglaterra, Francia y Alemania para residir entre nosotros por algunos siglos y luego volver á su verdadera patria, Grecia. Entre tanto os recuerdo el adagio: orad y trabajad; tenedlo muy presente, pues entonces podréis estar seguros de que tal vez en nuestros días confundireis á otros pueblos cultos y elevareis la gloria de Rusia á su más alto punto.»

Pedro había aprendido mucho y no cesaba de aprender: prescindió de Alejo, porque éste no tenía aspiraciones ni ganas de saber. Fué inexorablemente severo como educador de su pueblo; envió por centenares á sus súbditos al extranjero con objeto de que se instruyesen; las guerras que sostuvo las consideró como una escuela, y así lo fueron en verdad.

Pero á la vez se necesitaba fundar en Rusia establecimientos de enseñanza. La superstición y la ignorancia reinaban hasta en los más altos círculos de la sociedad rusa; lo más selecto creía aun en brujerías y en toda clase de falsos milagros: cuéntanse varias anécdotas de la manera cómo Pedro desenmascaró las imposturas de los hipócritas, los cuales aparentaban que las imágenes de los santos derramaban lágrimas, y castigó á los culpables; trató de poner coto á las riñas y groseras palabras de los dignatarios, valiéndose al efecto de enérgicas amonestaciones y hasta de fuertes castigos. Aprovechó todas las ocasiones para poner de relieve las ventajas de las costumbres morigeradas y de la riqueza en los conocimientos.

Hemos mencionado ya cómo procedió á la fundación de escuelas inmediatamente después que regresó de su primer viaje. Sostuvo animada correspondencia epistolar con Winio, Kurbatoff y otros sobre el progreso de estas empresas. Lleno de júbilo escribió á Winio poco después de la batalla de Narwa, anunciando que se habían reunido en las escuelas 250 niños, «de los cuales saldrían hábiles ingenieros, artilleros y maestros.» Kurbatoff escribió asimismo haciendo mención de doscientos alumnos que aprendían las matemáticas y la náutica, bajo la dirección de unos ingleses; el ruso Magnizky y Kurbatoff estaban encargados de la inspección. El último cuidaba de que se pusiesen á disposición

de las escuelas aparatos de física, óptica ó instrumentos para medir. Magnizky escribió en ruso un libro para la enseñanza de la aritmética, del cual decía Kurbatoff que aventajaba á los extranjeros.

Pero no había escuelas régias. El preboste Glück, hecho prisionero en Mariemburgo, y el cual se había dedicado mucho al estudio de las lenguas, fundó en Moscou con aquiescencia de Pedro una escuela, en la cual se enseñaban, entre otras materias, la filosofía cartesiana, las lenguas modernas, el hebreo, siríaco y caldeo, el catecismo luterano, ortografía, historia, astronomía, gramática, retórica, lógica, política, equitación, esgrima y baile. La escuela no duró largo tiempo: Glück murió pronto y su sucesor Pause parece que no consiguió grandes resultados; pero merecen citarse como alumnos de este establecimiento, además de algunos extranjeros como Kellermann y Blumentrost, algunos rusos, verbigracia los hermanos Wesselowsky (1).

En el año 1706 se principió la construcción de un hospital, que debía ser á la vez escuela de medicina, y en el año 1712 escribió el doctor Bidloo al Czar, diciéndole que enseñaba allí la cirugía á unos cincuenta rusos.

En el año 1714 ordenó Pedro que se enviasen profesores de matemáticas á todos los gobiernos, y añadió que la tal enseñanza fuese obligatoria para todos; y que al que no se instruyese no se le permitiera casarse. Bajo la inspección de algunos dignatarios rusos se fundaron, tanto en Moscou como en San Petersburgo, varias escuelas privadas, como una de ingenieros y una academia naval. Algunos alemanes como Wurm, franceses como St. Hilaire, suecos como Wreech, é italianos como Gagini, se hicieron dignos de elogio por sus trabajos en las escuelas. Junto á la iglesia alemana de la nueva capital se creó la aun floreciente escuela de Pedro. Asimismo se fundó una escuela de dibujo «para la propagación de las artes, según el modelo de los Estados europeos.» El influjo pedagógico de la Europa occidental se extendió hasta Tobolsk, en donde algunos prisioneros suecos erigieron una escuela (2). Al fundarse una escuela real en Ssolikamsk el año 1722, dispuso el Czar que los maestros percibiesen sus honorarios según el número de alumnos que hubiese (3).

El resultado fué mezquino respecto de la educación propiamente dicha del pueblo; el Czar se encontraba aislado en sus aspiraciones: el pueblo no era tan aficionado á aprender como Pedro deseaba. No pensó en escuelas populares á la moderna: se trataba más bien de la adquisición de ciertos conocimientos útiles en la práctica, cuya propagación fomentaba el Czar, porque necesitaba oficiales y técnicos instruidos (4).

Pero el Czar no limitó su actividad á las escuelas. Durante su primer viaje preparó ya la fundación de imprentas rusas. Tessing y Kopiewsky imprimieron varias obras, entre otras un Diccionario alemán-latino, las fábulas de Esopo (en latín y en ruso), un manual de Retórica, una traducción de Quinto Curcio, calendarios, libros didácticos de náutica, y de guerra, etc. En un principio se imprimían estas obras en el extranjero y después en Rusia. Poco tiempo antes de la batalla de Poltawa mandó Pedro coleccionar y publicar actas para la historia de Rusia, y escribió á Mussin-Puschkin diciéndole que era preciso imprimir también una traducción de la guerra de Troya. Al mismo tiempo se publicaron libros

(1) Véase Pekarsky, historia de la Academia de ciencias (en ruso). San Petersburgo 1870, I, pág. xviii y sig.

(2) Véase Pekarsky, Las ciencias y la literatura en el reinado de Pedro I, 133 y siguientes.

(3) Véase la antigua y nueva Rusia, 1876, III, 101.

(4) Véase un artículo de A. Michailoff «La época de las reformas en la cultura del pueblo,» en la revista «Djelo.» Agosto y setiembre, 1875.

de urbanidad y obras que trataban de sistemas de fortificación, y se tradujeron los escritos de Vauban, los trabajos históricos de Pufendorf y toda clase de libros sobre la mecánica, arte de construir molinos, arquitectura, etc. Pedro mostró especial interés por la compilación de un alfabeto diferente de la escritura religiosa; y tomó una parte muy principal en esta innovación (5).

También encontró Pedro entre sus súbditos hábiles colaboradores para el arte tipográfico, por ejemplo, Polikarpoff, que puso en el estado más floreciente la imprenta que había en San Petersburgo, con la cual realizó considerables ganancias, trabajando después en diversos ramos de la literatura, lo mismo que Awramoff, el cual escribió varios proyectos de reformas, etc.

Se crearon bibliotecas públicas á lo cual contribuyó poderosamente la inmediata conquista de las provincias del Báltico, y el Czar mandó trasladar una colección de libros desde Curlandia á San Petersburgo; tomó gran interés por la biblioteca de Riga; mandó trasladar gran cantidad de libros de Königsberg, y por fin echó los fundamentos de la biblioteca que actualmente pertenece á la Academia de ciencias de San Petersburgo.

Durante sus viajes por la Europa occidental había visto Pedro tantas colecciones científicas y artísticas que el bibliotecario Schumacher, que había sido enviado al extranjero con el fin de comprar varias colecciones para Rusia, pudo escribir al Czar diciéndole que apenas había en los países visitados por él un establecimiento de esta clase que no conociese Pedro por sí mismo. El Czar hizo varias compras: una colección de minerales en Dantzig, otra zoológica en Amsterdam, el museo anatómico de Ruysch. Desde entonces caminaron juntos el placer de la exhibición y el sentido científico; los preparados zoológicos y anatómicos se enseñaban á la vez que las «rarezas» y «curiosidades.» Así se creó en San Petersburgo el «Museo artístico,» en el cual se veían los objetos más heterogéneos, y cuyas colecciones procuró aumentar Pedro valiéndose al efecto de anuncios públicos, en los cuales prometía recompensa á todo el que hallara y presentara algún objeto raro, una inscripción, restos de armas antiguas, muebles, etc. Pedro coleccionó durante su campaña de Persia varios objetos y los remitió al Museo artístico, sosteniendo correspondencia sobre algunas particularidades de estas colecciones con los empleados puestos á su cuidado. Han llegado hasta nosotros varias anécdotas sobre la afición del Czar á ir al Museo artístico; procuraba excitar al público á que le visitase con la mayor frecuencia posible, ordenando que se diesen refrescos á todo el que llegaba.

Iguales propósitos puso de manifiesto cuando mandó que entrasen sin pagar derechos de aduanas todos los instrumentos científicos, cuando dispuso que se buscasen manuscritos antiguos en todos los monasterios, ó cuando en su viaje á Persia visitó detalladamente en Bolgary (sobre el Wolga y el Kama) las ruinas de la antigua capital del Estado búlgaro, y ordenó que se respetasen estas preciosas antigüedades, que se preservasen de ulterior destrucción y se copiasen y tradujesen las inscripciones que allí se encontraron.

La fundación de la Academia de ciencias correspondió al Senado en lo tocante al orden jurídico político, y al Sínodo en el eclesiástico administrativo. Ya en el año 1701, como hemos visto atrás, cuenta Pleyer que se hablaba de la próxima fundación de una Academia de todas las facultades; en el año 1697 indicó Leibnitz la necesidad de la creación de tal instituto; y en el año 1698 Francisco Lee recomendó al

(5) El difunto director de la Biblioteca pública de San Petersburgo, baron M. Korff, ordenó una colección de los libros impresos en la época de Pedro el Grande.